

Su frente alta é inclinada hácia atras, sus cabellos espesos, erizados y empolvados segun la costumbre de la antigua época, manifestaban la altivez de su persona. Aquel hombre tenia la cabeza erguida cual si amenazase con su reto á los mismos que iban á decidir de su vida, y en su imperceptible sonrisa se revelaba el sarcasmo y el desprecio interior que le infundian jueces, acusadores y pueblo. Parecíase á la estatua de la impopularidad, ó á la de la aristocracia intelectual, desdeñosa como la aristocracia de la sangre. Su traje, no sólo aseado, sino elegante, era de la hechura y de las telas que estaban proscritas, lo cual añadía aún mucha más impopularidad á la fisonomía de Gensonné.

Un médico de Dinan, llamado Lehardy, diputado del Morbihan, hombre sin otra ambicion que el amor de los hombres y sin otro brillo que su muerte, se guarecía modestamente en los brazos de Gensonné. Habia considerado en la minoría de los girondinos el centro de las virtudes cívicas, y se habia reunido á ellos por horror á sus enemigos. Su pensamiento sensible y sufrido parecía más ocupado de la suerte de aquéllos que de la suya propia.

En seguida se dejaba ver Lasource, hombre de bien, de palabra exaltada y de imaginacion trágica. Sus cabellos cortados y sin polvos, su vestido negro, su aspecto austero, su fisonomía ascética y concentrada, recordaban en él el ministro del Santo Evangelio, y á los puritanos de Cromwell que buscaban á Dios en la libertad, y en su proceso el martirio.

Vigée, hombre desconocido y que apenas llegó á la Convencion cayó en el lazo de las primeras votaciones, pasó desapercibido despues de Lasource.

Este y Vigée precedian á Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle por medio de su esposa ideas ambiciosas y el deseo de subir al trono. Sillery se habia separado del duque despues de la muerte del rey, porque su corazon honrado se sublevó contra el regicidio. Se habia detenido, no como un hombre tímido que se arrepiente en silencio y desaparece entre las sombras, sino como un hombre resuelto que se vuelve y hace frente al peligro. Una república grande y pura le habia parecido ser una ambicion más noble que una corona recogida entre arroyos de sangre. Este hombre, en resumen, se habia ideptificado con los girondinos, y aunque respetuoso hácia Orleans, aconsejaba á este príncipe en secreto la enmienda, y le predecía la catástrofe que le aguardaba. La actitud militar de Sillery, su traje y su fisonomía altiva, revelaban en él el noble que desprecia á la multitud. Presa de las primeras enfermedades de la vejez, empeoradas por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en unas muletas. Pero esta señal de sus padecimientos físicos daba más realce á su persona que lo que le quitaba en gracia y ligereza. La expresion de sus facciones era la de la felicidad, y parecia que se gozaba en libertarse de las dificultades de su situacion y en escapar de las reconvenciones que sus antiguas faltas merecian, por una muerte noble, en medio de sus amigos y con lo más escogido de la república.

Valazé tenia la actitud de un soldado en medio del fuego. La consigna de su conciencia le dictaba que era preciso morir, y murió. Su traje y el modo de llevarle revelaban el hábito de vestir uniforme. Sus miembros delgados, sus facciones pálidas y macilentas, el fuego sombrío de sus ojos, revelaban en él uno de esos hombres obstinados en quienes el pensamiento es la enfermedad crónica del cuerpo.

El abate Fauchet seguía despues de Valazé. Tenia cerca de cincuenta años,

pero la belleza de sus facciones, la elevacion de su estatura y el color de su rostro le hacian parecer más jóven. Su traje recordaba su antiguo ministerio por el color y por la hechura. Su cara no tenia más expresion que la de su alma: el entusiasmo. Se conocía que su pecho no era más que un hogar. Fauchet habia alimentado en él sucesivamente, ó á la vez, el triple fuego del amor, de la libertad y de Dios. El momento de Dios habia llegado, y le daba su vida en expiacion. La aureola del inspirado, del apóstol y del orador iluminaba su frente. El tribunal era para Fauchet un santuario adonde iba á confesar sus faltas y á ofrecer el sacrificio de su propia sangre.

XIV

Brissot estaba el penúltimo. Era un hombre de mediana edad, de estatura pequeña, cara macerada, alumbrada solamente por una inteligencia animosa, y ennoblecida por una intrépida obstinacion de ideas. Vestido con una sencillez afectada de filósofo ó de hombre de la naturaleza, su raído traje negro no era más que un pedazo de paño cortado geométricamente para cubrir sus miembros. Su cabello corto y sin polvos se parecía al de un cuáquero americano. Brissot tenia en la mano un lápiz y un papel en donde apuntaba á cada instante algunas notas. Sólo él estaba agitado. Se veía que, perseguido por la mala é injusta fama de libelista y de aventurero político de que habia sido tachado en su juventud, atormentado por sus desgracias más que por sus faltas, conocía más que sus colegas la necesidad de defenderse, y que aceptaba más resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla, aceptando el martirio como un sabio.

XV

En fin, el último que venía, atrayéndose las miradas de todos, era Vergniaud. Todo Paris le habia conocido y le habia visto en su majestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente al orador á la misma altura con sus enemigos, sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaban de él esfuerzos y explosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignos de los dias de Demóstenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, áun lo imposible.

Un murmullo de interes y de compasion resonó al verle. No era éste ya el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus músculos, flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma, no marcaban la armazon un poco maciza y fofa de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de sí mismo que parecia el desfallecimiento. Su paso era tardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus mejillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles; su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecían pegados á su piel por un sudor continuo. Vestía la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido pres-

tado. Toda su persona respiraba la decadencia de las grandes cosas. Se enterneceia uno involuntariamente viéndole, pero no temblaba. Era el atleta vencido y caído en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco, como un jefe alrededor del cual tenían la gloria de agruparse; los gendarmes le permitieron sentarse allí.

XVI

El acta de acusación de Fouquier-Tinville, concertada según se dice con Robespierre y Saint-Just, no era más que una extensa y amarga reproducción del folleto de Camilo Desmoulins, titulado *Historia de la facción de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenía necesidad de convencerse, porque había sentenciado ya con anticipación.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos más encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre d'Eglantine, Leonard Bourdon y el jacobino Deffieux leyeron, en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situación y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crimen glorioso de haber querido moderar la revolución para hacerla irreprochable y vencedora, se limitaron á cubrirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fué poco digna, rebajándose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció excusarse más que envanecerse por sus opiniones. Brissot, más firme y con más fiereza delante de sus enemigos, refutó victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores. Sillery confesó su verdadero crimen, el voto contra la muerte del rey, lo que ilustró su memoria. Ninguna palabra digna de reservar en la historia salió del corazón de aquellos grandes acusados. El temor de comprometer un resto de vida selló sus labios. El cuidado de salvar sus días perjudicó al de vengar su memoria. No fueron grandes sino después de haber perdido toda esperanza.

XVII

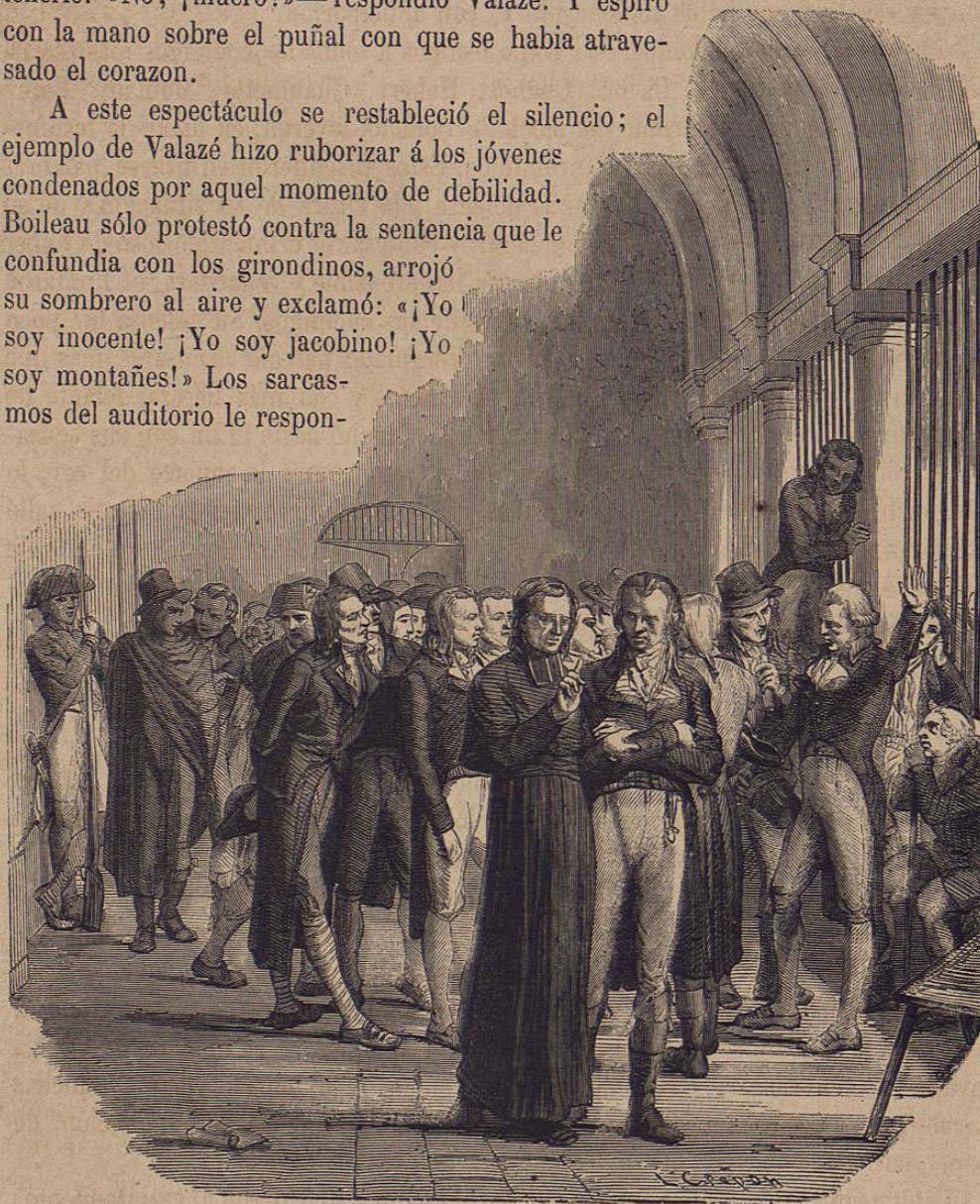
Entre tanto, la vista de la causa se prolongaba hacia siete días, y la palabra pedida por Gensonné en nombre de todos los acusados para refutar la acusación cansaba al tribunal y á los jurados é inquietaba á la Montaña. La opinión pública, que se deja ablandar y que cambia tan pronto al aspecto de las víctimas, comenzaba á inclinarse á la indulgencia. Se preguntaban en alta voz, al salir de las sesiones del tribunal, qué recompensa tendría la república para sus enemigos, cuando trataba de aquel modo á sus fundadores. Se lamentaban de que tanta juventud, tanta belleza y genio se sacrificase por un delito de opinión. Se hablaba de la baja envidia de Robespierre y Danton, que encargaban á la muerte cerrarse aquellas elocuentes bocas, para no tener el cuidado, y con frecuencia la humillación, de responderles.

Estos primeros síntomas en favor de los girondinos alarmaron al ayuntamiento. El yerno de Pache, Audouin, que había sido clérigo y á la sazón era perseguidor

encarnizado, fué á intimar al comité de salud pública que cerrase el debate, permitiendo al presidente que declarase á los jurados suficientemente instruidos. El jurado, obligado por esta declaración, cerró los debates el 30 de Octubre á las ocho de la noche. Todos los acusados fueron declarados culpables de haber conspirado contra la unidad y contra la indivisibilidad de la república, y condenados á muerte.

A la palabra *muerte*, un gesto de admiración y horror se elevó de los bancos de los acusados. El mayor número, y sobre todo Boileau, Ducos, Fonfrede, Antiboul y Mainvielle, esperaban ser absueltos. Su actitud de consternación, sus manos extendidas hacia los jueces, sus convulsivas maldiciones, causaron un momento de turbación en el pretorio. Uno de los acusados hizo un movimiento inapercibido con la mano sobre su pecho como para romper sus vestidos, y cayó del banco; éste fué Valazé. «¿Cómo! ¿Tienes miedo?»—le dijo Brissot esforzándose por sostenerle. «No; ¡muero!»—respondió Valazé. Y espiró con la mano sobre el puñal con que se había atravesado el corazón.

A este espectáculo se restableció el silencio; el ejemplo de Valazé hizo ruborizar á los jóvenes condenados por aquel momento de debilidad. Boileau sólo protestó contra la sentencia que le confundía con los girondinos, arrojó su sombrero al aire y exclamó: «¡Yo soy inocente! ¡Yo soy jacobino! ¡Yo soy montañés!» Los sarcasmos del auditorio le respon-



Los diputados en el patio de la Conserjería.—Pág. 144.

dieron. En lugar de compasion, no encontró en todas las miradas sino desprecio. Brissot inclinó la cabeza sobre el pecho, y parecía que reflexionaba. Fauchet y La-source juntaron las manos y levantaron los ojos al cielo. Vergniaud, situado en el banco más elevado, dirigió impasible sobre el tribunal, sobre sus colegas y sobre la multitud una mirada que parecía reasumir la escena y buscar en lo pasado un ejemplo y una imágen de semejante irrision del destino y semejante ingratitud del pueblo. Sillery arrojó sus muletas y exclamó: «¡Hoy es el mejor dia de mi vida!» Fonfrede se volvió hácia Ducos, y abrazándole, le dijo llorando: «Amigo mio, yo soy quien te da la muerte; pero consuélate, vamos á morir juntos».

XVIII

En este mismo momento se levantó un grito del medio de la multitud. Un jóven luchaba entre el grupo de espectadores y se esforzaba inútilmente por abrirse paso entre las filas apiñadas para huir hácia la puerta. «¡Dejadme huir, dejadme huir de este espectáculo!—exclamó tapándose los ojos con las manos.—¡Soy un miserable, yo soy quien los asesina! ¡Mi Brissot sin máscara es el que los acusa y los juzga! ¡No puedo soportar la vista de mi obra! ¡Siento las gotas de su sangre caer en esta mano que los ha denunciado!» Este jóven era Camilo Desmoulins, inconsecuente en su piedad como en su aborrecimiento, y cuya ligereza pueril ó perversa cedia á las lágrimas con tanta facilidad como provocaba á la sangre. La multitud, indiferente ó desdeñosa, le contuvo y le hizo callar como á un niño.

XIX

Eran las once de la noche. Despues de un momento dedicado al efecto que causó la sentencia, á la emocion de los condenados y á los gritos de *¡Viva la república!* dados por la multitud, se levantó la sesion.

Los girondinos, bajando uno á uno de sus bancos, se agruparon alrededor del cadáver de Valazé, tendido sobre una alfombra, tocándolo respetuosamente con sus manos para asegurarse de que ya no respiraba; despues, como si estuviesen dominados por una inspiracion eléctrica al contacto del republicano sacrificado por su propia mano, exclamaron á una sola voz: «¡Morimos inocentes! ¡Viva la república!» Algunos de ellos arrojaron en el mismo instante una cantidad de asignados, no para corromper al pueblo y excitar á un motin, como se ha creido, sino para legarle, como hacian los romanos, una moneda ya inútil á su propia vida. La multitud se arrojó sobre el legado de los moribundos, y pareció compadecerse de ellos. Hermann mandó á los gendarmes que hiciesen su deber, que se llevasen á los condenados, y que volvieran á entrar bajo las bóvedas de la escalera que conducia á sus calabozos. Su presencia de espíritu, desconcertada por un momento, volvió á manifestarse al saber su suerte. «Amigo mio,—dijo Ducos á Fonfrede afectando reir,—no veo más que un medio de salvarnos, que es declarar la *unidad* de nuestras dos vidas y la *indivisibilidad* de nuestras dos cabezas.» Fonfrede se sonrió melancólicamente. Su pensamiento, más conforme con aquel momento, lloraba

el hogar doméstico, adonde no debía volver. «¡Pobres hijos míos!»—fué su única respuesta.

Sin embargo, fieles á la promesa que habian hecho á los demas presos de la Conserjería de informarles de su suerte por el eco de su voz, entonaron al salir del tribunal el himno de los marseleses:

«Marchemos, hijos de la patria,
Ha llegado el dia de la gloria.»

cantándolo en coro con una energía que hizo temblar los peldaños de la escalera y las bóvedas de los calabozos y corredores.

A estos acentos, los presos se despertaron y comprendieron que los acusados cantaban el himno de su propia muerte. El horror y la compasion les respondieron con exclamaciones, gemidos y adioses desde el interior de todos los calabozos.

En esta última noche se les puso en el calabozo grande, antesala de la muerte. El tribunal habia mandado que el cuerpo apénas frio de Valazé *fuese vuelto á la cárcel, conducido en la misma carreta con sus cómplices al lugar del suplicio, é inhumado con ellos.* ¡Unico decreto tal vez que haya dispuesto ajusticiar á la muerte!

Cuatro gendarmes ejecutaron el decreto de Hermann, siguiendo detras del grupo de los condenados por la bóveda del corredor, llevando en una camilla el sangriento cadáver, y depositándolo en un rincon del calabozo. Los girondinos fueron uno á uno á besar la mano heroica de su amigo, y le cubrieron la cara con su capa. Próximos á reunirsele, la despedida fué más respetuosa que triste. «¡Hasta mañana!»—dijeron al cadáver. Y recogieron sus fuerzas para el dia siguiente.

XX

Casi estaban en él: era medianoche. El diputado Bailleul, su colega en la Asamblea, su cómplice de opinion y proscrito como ellos, pero que habia escapado de la proscripcion y estaba oculto en Paris, les habia prometido hacerles llevar desde fuera el dia de su juicio una comida triunfal ó fúnebre, segun la sentencia, en regocijo de su libertad ó en conmemoracion de su muerte. Bailleul, aunque invisible, habia cumplido su promesa por medio de un amigo. La cena funeraria estaba dispuesta en el calabozo grande. Delicados platos, exquisitos vinos, fragrantés flores y numerosas luces cubrian la mesa de pino de la cárcel; lujo del adios supremo, prodigalidad de los moribundos que nada tienen que ahorrar para el dia siguiente. Los sentenciados se sentaron á aquel último banquete, tanto para restaurar en silencio sus fuerzas, como para esperar con paciencia y distraccion el siguiente dia. No valía la pena de acostarse. Un sacerdote, jóven entónces y destinado á sobrevivirles más de medio siglo, el abate Lambert, amigo de Brissot y de otros girondinos, introducido en la Conserjería para consolar á los moribundos ó para bendecirlos, esperaba en el corredor el fin de aquella cena. Las puertas estaban abiertas, y asistia desde allí á aquella escena, notando en su alma las acciones, los suspiros y las palabras de los convidados.

La posteridad le debe la mayor parte de estos detalles, verídicos como la conciencia y fieles como la memoria de un amigo.

XXI

La cena se prolongó hasta los primeros crepúsculos del día. Vergniaud, puesto en el centro de la mesa, la presidía con la misma dignidad tranquila que había tenido la noche del 10 de Agosto presidiendo la Convención. Vergniaud era entre todos el que ménos tenía que sentir dejando la vida, porque había conquistado su gloria y no dejaba ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos detras de sí. Los otros se sentaron por grupos, reunidos por casualidad ó por el cariño. Brissot estaba solo al cabo de la mesa, comiendo poco y sin hablar nada.

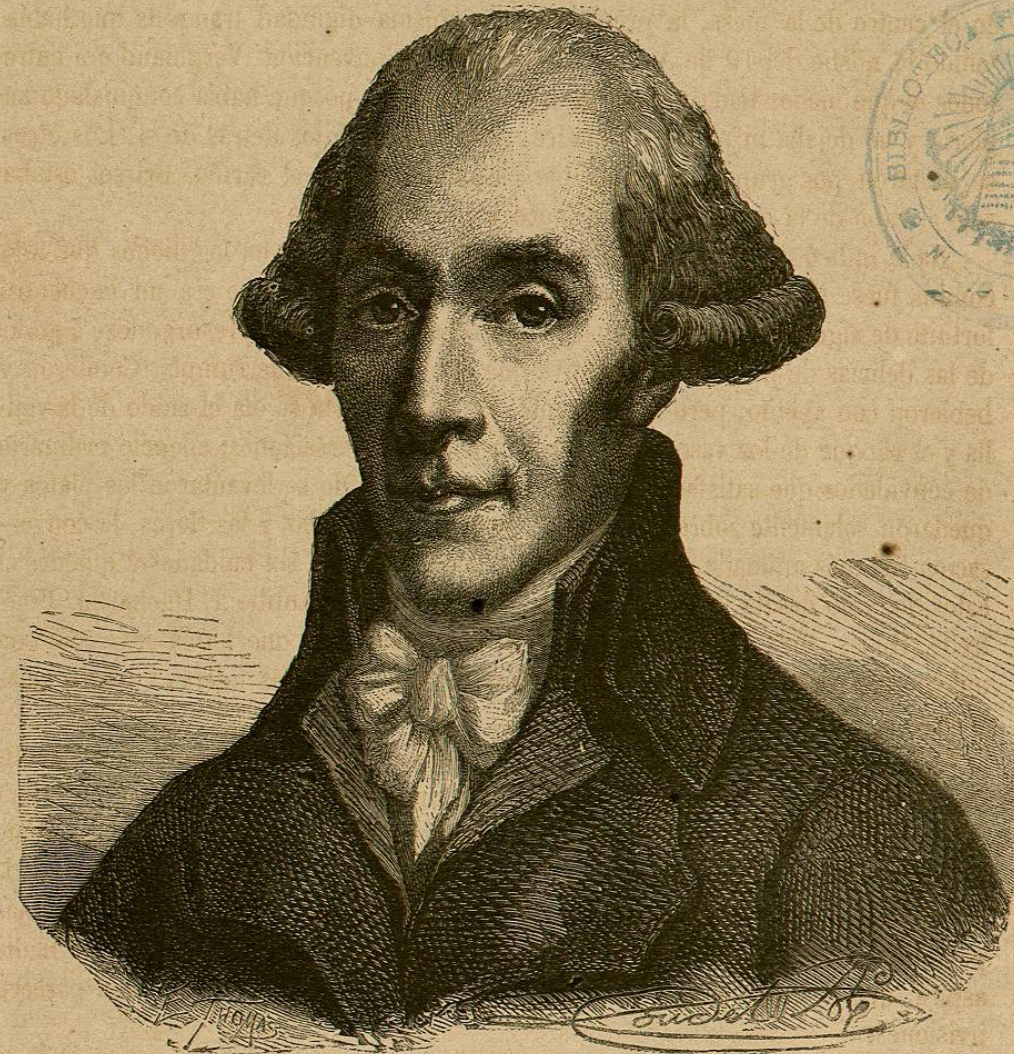
Nada indicó durante mucho tiempo en las fisonomías y en los dichos que esta comida fuese el preludio de un suplicio. Se hubiera dicho que era un encuentro fortuito de algunos viajeros en una posada sobre un camino, apresurándose á gozar de las delicias de una comida fugitiva que el viaje iba á interrumpir. Comieron y bebieron con apetito, pero sobriamente. Desde la puerta se oía el ruido de la vajilla y el choque de los vasos mezclado con pocas conversaciones; silencio ordinario de convidados que satisfacen el primer apetito. Cuando se levantaron los platos y quedaron solamente sobre la mesa los postres, las botellas y las flores, la conversacion fué más animada, ruidosa y grave, como hombres sin cuidados á quienes el calor del vino desata la lengua y las ideas. Mainvielle, Antihoul, Duchastel, Fonfrede, Ducos, toda aquella juventud que no podía creer que había envejecido en una hora para morir al otro día, se desahogó con palabras ligeras y ocurrencias alegres.

Estas palabras contrastaban con tan próxima muerte, profanando la santidad de la última hora, y helaban la falsa sonrisa que aquellos jóvenes se esforzaban por esparcir alrededor de ellos. Esta afectación de alegría ante Dios y ante la última hora era igualmente una falta de respeto á la vida y á la inmortalidad. No podían ni dejar la una ni acercarse á la otra con tanta ligereza. Estas bromas póstumas caían de sus labios como caen sobre una sepultura las flores que nadie aspira, que contraen el olor del sepulcro, y que, cuando no son reliquias, parecen irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lasource, Lehardy y Carra trataron alguna vez de responder á estas provocaciones ardientes de una alegría fingida y de una falsa indiferencia; pero esta alegría inoportuna de sus jóvenes colegas apenas asomó á los labios de los hombres maduros. Vergniaud, más grave y más realmente intrépido en su gravedad, miraba á Ducos y á Fonfrede con una sonrisa en que había tanta indulgencia como compasión.

Terminadas estas explosiones de ruido y alegría fúnebre, la conversacion tomó hácia la mañana un giro más serio y un acento más solemne. Brissot habló como profeta de las desgracias de la república, decapitada de sus más virtuosos y de sus más elocuentes ciudadanos. «¡Cuánta sangre no correrá para lavar la nuestra!» — exclamó al concluir. Se callaron todos un momento, pareciendo consternados ante el fantasma del porvenir evocado por Brissot. «Amigos míos, —repuso Vergniaud,—

al podar el árbol lo hemos muerto; era demasiado viejo; Robespierre lo ha cortado. ¿Será más dichoso que nosotros? No. Este terreno es demasiado ligero para nutrir las raíces de la libertad cívica, este pueblo es demasiado joven para manejar sus leyes sin herirse: él volverá á sus reyes, como el niño vuelve á sus juguetes. Nosotros hemos equivocado la época naciendo y muriendo por la libertad del mundo, — prosiguió; — ¡nos hemos creído en Roma, y estábamos en París! Pero las revolu-



Valazé.

ciones son como aquellas crisis que encanecen en una noche la cabeza de un hombre: maduran pronto á los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante caliente para fecundar la tierra de la república. No nos llevemos el porvenir, y dejemos la esperanza al pueblo en cambio de la muerte que nos va á dar.»

XXII

Un largo silencio siguió á estas palabras de Vergniaud, y la conversacion se remontó desde la tierra al cielo con el pensamiento. «¿Qué harémos mañana á